

# Capítulo 29 - Luces Pálidas

Maryam permaneció allí, como desearía que otros permanecieran con ella en circunstancias similares, pero estaba claro que Song no mostraba ánimo de conversar. Parecía perdida en sus pensamientos, aunque su expresión no era tan severa como Maryam podría haber esperado.

De cualquier forma, resultaba algo cansado simplemente estar en silencio, así que finalmente Maryam se obligó a preguntar si había algo en lo que pudiera ayudar a Song. Como era previsible, su meticulosa capitana pidió que le trajeran su kit de escritura junto con los libros de Teología para mañana y lo que, para los ojos de Song Ren, pasaba por lectura ligera: un volumen del grosor de un puño titulado 'Joya de la Corona, Una historia exhaustiva del Rectorado de Aspodel'.

"Eso parece una experiencia peor que una golpiza," le dijo Maryam.

Song soltó una risita.

"Es un poco... florido, lo admito, pero es la única historia que pude encontrar que sigue a Aspodel desde la llegada de Morn hasta el Siglo de las Velas."

Maryam dudaba que incluso los aspodelinos — ¿Aspodelitas? — quisieran saber tanto sobre la isla en la que vivían, pero si los Tianxi querían practicar el equivalente académico de la flagelación personal, esa era su propia decisión. Si nada más, el volumen debería ayudarla a conciliar el sueño. La señalada volvió a su cabaña, empacó todo y, antes de partir, echó un vistazo a las luces del reloj astronómico a través de la ventana. Frunció el ceño al verlo, recién ahora consciente de cuánto se había retrasado el día.

Tendría tiempo para regresar al hospital y volver aquí para la cena con Tristan, pero no mucho margen de maniobra. La cabaña era segura y estaba cerca de Scholomance, pero eso tenía el precio de estar lejos de casi todo lo demás.

El segundo disgusto del día llegó cuando bajaba por la calle Templeward y se topó con alguien a quien hubiera preferido evitar.

"Maryam," llamó Angharad Tredegar, acortando el paso para alcanzarla. "Por favor, espera un momento."

A pesar del impulso de ignorarla, Maryam lo hizo.

"Tredegar," asintió con cortesía fría.

"¿Es cierto que Song fue atacada?" preguntó Tredegar.

Para su honor, la mujer de piel oscura no parecía inclinarse hacia el extremo de los rumores que hablaban de un cuádruple asesinato. Sin embargo baja que tuviera la opinión de su capitana en ese momento, claramente no era tan negativa.

“Es cierto,” dijo Maryam. “Ella está en cama, así que llevo algunas de sus pertenencias al hospital.”

“Debo acompañarte, entonces,” dijo Tredegar.

Alegría. A Song le complacería, aunque ella viviría con ello. Y aprovecharía la labor gratuita que se le ofrecía.

“Podría usar ayuda para llevar el kit de escritura,” insinuó sutilmente Maryam.

Tredegar se ofreció inmediatamente a cargar la caja de madera, que había estado clavada en la espalda de Izvorica como un codo huesudo durante el último cuarto de hora. Aumentó su ritmo para intentar apresurar a la Pereduri, pero lamentablemente, sus piernas más largas y su condición física incómoda obligaron a Maryam a reducir la velocidad unos minutos para no comenzar a jadear visiblemente.

Es como decía el Capitán Totec: si vas a romper un cráneo, ten cuidado de no caer la piedra sobre tu propio pie. Mucho del consejo del viejo giraba en torno a romper cráneos, ahora que Maryam lo pensaba. O era un dicho habitual de Izcalli o Totec se había esforzado en aprender todos esos que lo mencionaban. Sus pensamientos fueron interrumpidos por una aclaración de garganta.

—¿Has tenido una semana agradable? —intentó preguntar Angharad Tredegar—.

Maryam la observó con escepticismo. La mujer de tez oscura parecía incómoda, casi retorciéndose.

—No hace falta que hablemos —dijo finalmente Maryam—.

Por la expresión en su rostro, Tredegar no sabía si sentirse aliviada o insultada. La hábil evasiva de Maryam respecto a la charla trivial dejó un silencio bendecido por el resto del camino hasta el hospital, solo para que ella apretara los dientes al llegar. El vigilante Izcalli de antes seguía en la puerta, mirándola de nuevo con atención antes de fruncir el ceño al revisar su placa durante unos diez segundos completos. Solo le hizo un gesto para que pasara tras que el otro guardia se interesara.

Naturalmente, el hombre apenas echó un vistazo a la placa de Tredegar antes de hacerle un gesto para que entrara.

Ese pequeño receso dejó a Maryam con un humor bastante deteriorado, de modo que no se detuvo cuando los guardias de Peredur, sorprendidos, exclamaron al ver el pasillo del hospital. Ella siguió avanzando, obligando a Tredegar a alcanzarla, con el bote de escritura vibrando en su espalda. Al menos los segundos guardias mostraron igual indiferencia mientras anotaban sus nombres, así que eso también contaba. La Izvorica había aprendido las virtudes de la apatía desde que cruzó el mar: a veces, era lo mejor que se podía esperar.

Desde hace tiempo, Maryam había dejado de creer que los Malani fueran los únicos que menospreciaban a los de piel pálida. Tomaba varias formas, diferentes nombres, justificaba distintas razones, pero ella sospechaba que la raíz era siempre la misma. Las tierras de aquí, Aurager —el nombre del Primer Imperio para los dos continentes que gobernaban: Issa al sur y Serica al norte— solo aceptaban a los oscuritos con piel clara, y cualquier otra cosa iba en contra de siglos de su modo de entender el mundo.

Era más sencillo pensar en los Triglau como menos que los hombres, más cómodos, y pese a su insistencia en que cada uno era distinto, todos miraban con desdén a aquel mismo ombligo. Si escuchabas con atención, podías distinguirlo en la forma en que usaban la palabra "Vesper" en lugar de "Aurager". En el fondo, consideraban su rincón del mundo como todo el mundo, y todo lo que no encajaba perfectamente allí, merecía ser despreciado.

El sonido del cierre de la puerta tras ellos despertó a Maryam de su ensimismamiento, haciendo que sus ojos de plata se abrieran con sorpresa al verlo. Song había estado despierta cuando entraron, concentrada en el techo, y ahora se enderezaba contra las almohadas como si la hubieran pillado con la mano en la miel en lugar de solo estar aburrida.

—Ah —toscó Song—. Angharad, no esperaba verte.

—El sargento Mandisa me habló del asalto —respondió solemnemente la noble—. Me alegra ver que tus heridas parecen leves.

La mirada de Tredegar permaneció en sus mejillas amoratadas, apretando la mandíbula al contemplarlas. Ella, al menos, compartía esa opinión con Maryam.

—Por favor, tómese un asiento —le invitó Song—. Tú también, Maryam.

El kit de escritura fue apartado, los libros apilados sobre la mesita de noche y Maryam prestó atención media a la segunda narración del emboscada y cómo la superviviente, Song, logró salir ilesa. El Tianxi permaneció vago respecto a la criatura que Scholomance había guiado al combate, aunque no parecía un demonio, por lo que debía ser alguna especie de lemure.

—Estoy casi seguro de que venían de diferentes cábulas —decía Song en respuesta a la pregunta de Tredegar—. La única característica en común era que tenían raíces en Jigong.

"Los asientos vacíos de mañana deberían dejar claro a qué brigada pertenecían," afirmó el Pereduri. "Eso facilitará la obtención de reparaciones."

¡Inocente de mí!

"Eso no funcionará así," dijo Maryam.

Sus ojos se dirigieron hacia ella. Ella aclaró su garganta, sin haber esperado tal atención.

"Esto no es una disputa entre estudiantes," explicó. "La guarnición se involucró, hay una investigación oficial y el capitán Wen incluso mencionó un tribunal. Ahora es asunto de la Guardia,

no un altercado de Scholomance—el castigo será severo para todos los que hayan participado, aunque sea mínimamente."

"La Guardia ha sido indiferente en estos asuntos hasta ahora," señaló Tredegar.

"Nos dieron solo tres reglas cuando bajamos de ese barco," replicó Maryam. "Si no hacen cumplir estrictamente esas pocas líneas, habrá caos."

Tredegar dudó un momento, luego asintió en señal de reconocimiento. Song era Song, y por eso le preocupaba principalmente cómo que una emboscada arruinara su expediente, pero su capitán no sería quien mancharan con barro en esta ocasión. Cada capitán cuyo cabalista conspirara para asesinar a otro estudiante sin perceber nada, perdería prestigio, al igual que sus patrocinadores de la brigada.

Normalmente eso habría provocado temores de represalias, pero esta vez Maryam creía que todos evitarían la Duodécima legión como si fuera la plaga. Ser atrapados atacando a Song por duplicidad podría incluso terminar con los reincidentes muertos. Aunque la Guardia solía mirar para otro lado ante delitos menores o primeros, en sus tercera oportunidades se les alineaba contra la pared y se les disparaba.

"Maryam tiene razón: esto ya no puede considerarse un asunto personal," indicó Song. "Con la guarnición involucrada, espero que la Guardia haga justicia en mi favor."

Ah, qué astuta muchacha. Continuar con la confrontación significaría que Tredegar cuestionaba el honor de la Guardia, algo que ella evitaría a toda costa. Mantendría su sable en la vaina hasta terminar la investigación, que seguramente era lo que Song había buscado al expresarlo así. Era la decisión correcta: por mucho que a Maryam le agradara ver a Angharad Tredegar derribar a todos los implicados, aquello los convertiría en agresores en lugar de agredidos. Si querías que el rey castigara a tus enemigos por robar tu ganado, no podías devolverles el golpe.

Lamentablemente, ahora que Song y Tredegar estaban en la misma habitación, no había más remedio que soportar una conversación trivial. Se lanzaron a las cortesés atenciones con energía, pasando del clima a las lecturas de la clase y qué esperar del curso de Guerra esa semana. Aunque para Maryam aquello era como tener las uñas arrancadas lentamente por un torturador indiferente, encontraba cierto consuelo en que Tredegar empezaba a sentirse cada vez más incómoda conforme pasaba el tiempo.

¿Estaba la noble conferencista buscando una excusa cortés para retirarse? No, finalmente decidió Maryam. No estaba mirando la puerta ni intentando terminar la charla. Lo que hacía era moverse como alguien cuyo asiento estaba en llamas. Dudaba. Y mientras Maryam encontraba un placer perverso en prolongar la conversación hablando de los lecturas de la saga, ¿quién sabe si habían escuchado que el Reino de Tariac existía antes de Izcalli! —Song también lo había notado y la Tianxi estaba más suave.

"¿Quieres decir algo, Angharad?" dijo Song. "Parece que eso te inquieta."

Tredegar vaciló.

—La discusión no necesita tener lugar hoy —dijo ella—.

Ah, entonces era algo grave y ella no quería añadir más pesadumbre al día ya miserable de Song. Por una vez, esto resultaba sumamente sensato y Maryam le dio su apoyo, pero Tredegar había pulsado el interruptor equivocado. Acababa de mostrar una piedad implícita hacia Song Ren, como si arrojara una antorcha dentro de un depósito de pólvora.

—Eso no es necesario —respondió Song, con un tono algo frío—. Dilo claramente, Angharad.

Sería tremendamente mezquino aprovechar un momento tan cargado para atacar a Tredegar.

—Sí, Angharad, expresa lo que piensas —sonrió de manera cordial Maryam—.

Solo era humano, no era su culpa. Sin encontrar un aliado en su empeño por no arruinar aún más el día de todos, Tredegar suspiró y se tomó un momento para reafirmar su determinación, enderezando los hombros.

—He llegado a conocer información sobre la muerte de Isabel Ruesta —dijo ella—.

¿Aquella joven infanzona del Dominio? Tristan la había llamado veneno, aunque uno que los hermanos Cerdán habían tragado, por lo que ambos habían sido bastante cordiales. No existía una relación profunda allí, sin embargo. Había oído mucho más de esa muchacha por parte de Song, quien había utilizado media mitad de sus reuniones secretas para despotricar sobre el asunto.

—¿De verdad? —interrogó Song con un tono suave.

La Izvorica la observó, frunciendo el ceño. Era la expresión de lucha de Song la que veía, lo cual presagiaba mal para el resto de la conversación.

—Isabel fue herida de muerte por la espalda, —dijo la noble— y desde las escaleras. Solo había dos personas allí: Lady Ferranda Villazur y tú.

Maryam mordió el interior de la mejilla. Eso parecía un atisbo de acusación. La observó nuevamente, con genuina curiosidad. ¿Había realmente disparado ella contra la infanzona Ruesta? Seguramente se había enfadado con la joven cuando solo estaban ellas dos, cómo Isabel se había apoderado de Tredegar y ahora complicaba todo, pero Song no solía matar a menos que tuviera una razón válida.

—¿Estás sugiriendo una pregunta? —preguntó Song con calma—. Ahora pregúntalo.

—¿Mataste a Isabel Ruesta? —preguntó directamente Tredegar.

El Tianxi de ojos plateados la observó por un largo momento, luego suspiró.

—Digamos que sí, —dijo Song—. No habría roto ningún juramento al apretar ese gatillo.

Maryam casi silbó, aunque era cautelosa incluso de poner un pie en ese terreno —estaban a un cabello de distancia de ante sus gargantas, no hacía falta mucho para que esa tensión se volviese en su contra. Pasaron tres largos segundos en silencio, con las miradas entrelazadas de ambas.

—Eso no es completamente falso —respondió finalmente Tredegar, con un tono cortante—. Tras la Prueba de las Ruinas, la tregua no se restableció explícitamente. ¿Y cuáles son tus motivos para actuar de esa manera?

Song ladeó la cabeza.

—¿Realmente importaría? —preguntó ella.

Angharad Tredegar respiró profundo.

—No —admitió—. No importaría.

Se levantó con rígido movimiento, enderezándose.

—No puedo estar bajo el mando de alguien que ha eliminado a un aliado —dijo ella—. Permaneceré en la XIII por nombre hasta que termine el mes, pero solicitaré transferencia a otra brigada tras ese período.

Maryam quedó inmóvil. No había esperado realmente que Tredegar tuviera la intención de irse. Que protestara y negociara, sí, pero abandonar — eso, no, tras el Dominio. Pero, ¿acaso no eran la única brigada que había surgido del Dominio de las Cosas Perdidas? Había olvidado eso, pues apenas se había cruzado con ellos.

“Una cortesía apreciada,” respondió Song con igual serenidad.

A Maryam le tomó un segundo captar esa cortesía, encontrarla en medio de la oscuridad. Dejar a principios del próximo mes le brindaba a la Decimotercera cuatro semanas completas para hallar al reemplazo de Tredegar. Si Tristan regresaba, pensó de repente Maryam. Ya no estaba tan segura de eso como minutos atrás. No había creído que Tredegar fuera a marcharse tampoco, pero ahora que la puerta estaba abierta... su estómago se apretó. Justo cuando empezaba a encontrar su equilibrio en Tolomontera, el suelo volvió a convertirse en arena.

“Yo no consideraría que eres un enemigo,” dijo Tredegar, “pero tampoco te llamaré amiga. Que te vaya bien, Song Ren.”

El rostro de Tianxi permaneció impassible, cual máscara neutra. Tredegar se volvió hacia Maryam, vacilando sobre qué decir, por lo que la izvorica le ahorró la molestia.

“La puerta queda tras de ti,” dijo ella con un leve gesto de la mano. “No dejes que te dé en el camino.”

Maryam había encontrado sumamente divertido la primera vez que escuchó la expresión “tomar el camino alto”. En su experiencia, ese camino era el que se tomaba para disparar a las patrullas

malani desde detrás y desaparecer en los riscos.

La expresión de Tredegar se tensó.

“Adiós, Maryam Khaimov,” logró articular con esfuerzo.

Maryam simplemente levantó una ceja. La noblewoman les regaló un saludo torpe y formal, luego salió del cuarto como si fuera una pasarela. Song permaneció inmóvil, como una estatua, por lo que la Izvorica le brindó la cortesía que sabía que ella deseaba, en lugar de la que su instinto le dictaba ofrecer.

Ella devolvió la mirada a la puerta en silencio, fingiendo no escuchar a Song recomponer su compostura pieza por pieza.

“Un día lleno de sucesos,” dijo finalmente Song.

Era la señal de que había armado suficiente máscara para que Maryam pudiera mirar otra vez.

“Un clásico genuino del Dominio,” replicó, haciendo una pausa.

Song levantó una ceja inquisitiva. Debía parecer fría, pero la Izvorica podía notar las grietas. La única palabra que la definía era frágil.

“¿Acertaste a apretar el gatillo?” preguntó Maryam.

Ambas sabían que no le importaría mucho si la Tianxi lo había hecho, más allá de cierta curiosidad por saber qué había hecho Ruesta para justificarlo.

“No importa,” dijo Song, mirando hacia otro lado.

“Considerando cuánto le importa a Malani el cumplir con los juramentos, diría que no,” afirmó, “No digo que Tredegar hubiera quedado si tú jurases lo contrario, pero eso habría enredado aún más las cosas.”

“No importa,” repitió Song. “Ella dudó en preguntar, Maryam.”

Su ceja se levantó.

“¿Y qué?”

“La compasión le detuvo, el deseo de no empañar un día oscuro,” explicó Song. “La base de ello era la certeza de que el resultado sería sombrío, que ella apretó ese gatillo. Angharad ya me consideraba culpable, así que todas las protestas en contrario solo habrían logrado que me etiquetara como mentirosa ante sus ojos.”

Maryam frunció el ceño.

“Quizás,” dijo, “pero casi que confiesas.”

“De no haberlo hecho, estaría obligada a considerar ambas posibilidades con honor,” respondió con cansancio. “Y a tratarlas por igual, independientemente de sus creencias. Eso implicaría...”

“Nada de unirse al Trigésimo Primer,” murmuró Maryam. “Porque la otra posibilidad es Ferranda.”

Chasqueó la lengua contra el paladar.

“Y aún así, la cuida aunque ella se vaya,” se quejó la Izvorica.

Pero no había dureza en su voz. Era, en verdad, algo reconfortante ver que Song seguiría extendiendo una mano protectora, incluso hacia quienes ya no estaban bajo su amparo. Sin importar si esa ayuda era merecida o no.

“Es mejor que ella caiga bajo la protección de Ferranda que que alguien menos escrupuloso la arrebate,” dijo Song.

Maryam ladeó la cabeza a un lado.

“Eso y que Ferranda sentirá que te debe algo, así que aún podrás confiar en esa mano valiente en un aprieto,” afirmó.

La ausencia de un rechazo fue significativa.

“Caridad no implica ingenuidad,” respondió simplemente Song.

Se recostó entre los cojines, magullada y exhausta.

“Llegarás tarde a la cena con Tristan si no te vas pronto,” dijo Song. “Por favor, dile que deseo reunirnos a la brevedad posible.”

Lo de llegar tarde era cierto, aunque esa ya no era la razón por la que lo mencionaba. Maryam no protestó ante el despido. Se levantó y dejó que Song curara sus heridas en silencio, sin que nadie los viera.

--

Había luces en la cabaña cuando llegó, y el aroma de algo en proceso de cocción se filtraba al abrir la puerta.

“En la cocina,” llamó Tristan.

El olor casi le hacía babear: arroz, verduras fritas y, ¿era ajo? Encontró a Tristan en la cocina, como se anunciaba, con las mangas remangadas y llevando un delantal de cuero mientras removía el interior de una gran sartén. Miró hacia atrás cuando ella se desplomó en una silla, tarareando mientras colocaba su larga cuchara de madera y tomaba una jarra y una taza del mostrador. Los puso sobre la mesa de la cocina delante de ella.

“Eso no debe ser vino,” dijo Maryam.

Nunca lo había visto tomar una bebida salvo que su rechazo lo hiciera destacar, y aún así solo bebía de a pequeños sorbos.

“Jugo de pera,” respondió. “Fresco del puerto.”

“Suenan caro,” reflexionó ella.

“Seguramente lo fue,” afirmó él.

Ella le entrecerró los ojos, luego observó su pecho y volvió a mirar su rostro.

“No recuerdo que tengamos ese delantal,” anotó Maryam.

“La clave para conseguir un buen precio era simplemente robarlo,” confesó con solemnidad.

Ella se rió con un resoplido, sirviéndose un poco del jugo de pera, quitando el corcho y oliendo la bebida como si acabara de salir del huerto. Un regalo delicioso, pensó mientras se servía una taza. Tristan volvió a su sartén, pero para cuando ella estaba a mitad de la taza, él había apartado el fuego y estaba sirviendo dos porciones generosas en platos. Se veían deliciosos, pensó Maryam: arroz, guisantes, zanahorias, en un cuenco dorado adornado con cebolla y ajo.

“Está mejor con sal,” le dijo Tristan al colocar los platos, “pero sazónala a tu gusto.”

Regresó con su salero y un juego de utensilios, sentándose frente a ella. Maryam tomó un bocado y logró emitir un ruido que, si lo hubiera oído un hombre menos desinteresado en el sexo, le habría hecho sonrojar.

“Estsh bueno,” alabó.

Él rodó los ojos.

“Sabes, cuando me dijiste que regresara para cenar, no esperaba ser yo quien cocinara.”

Maryam tragó saliva.

“Nunca te privaría de la comodidad familiar de estar equivocado,” afirmó.

“Eres de corazón, Khaimov,” contestó con sequedad.

“Eso soy,” dijo ella contenta.

Después de tanto caminar y sumergirse en un charco, tenía un hambre voraz. Había terminado casi todo en su plato cuando él apenas había llegado a la mitad, y Tristan solía comer más rápido que los demás en la Décimo Tercera. Por un acuerdo tácito, pospusieron la conversación hasta que sus estómagos estuvieron satisfechos, y mientras el Sacromontano terminaba su arroz, Maryam preparó una tetera de té. Con lo llena que estaba, si no bebía algo le daría sueño en la mesa.

Ella sirvió a ambos tazas de hoja de Someshwari, aunque sabía que él difícilmente terminaría la suya, por lo que la dejó a medio llenar.

—¿El leviatán ha saciado su hambre? —bromeó Tristan.

—A ese leviatán le hubiera gustado el postre —dijo Maryam, levantando la barbilla—, pero perdonará la falta.

—Si esa leviatán realmente desea esos pistachos confitados, puede pagarla ella misma con su moneda —dijo con tono burlón.

—Buen juego de palabras —lo elogió ella.

—Lo he tenido en espera durante días —confesó él.

Lo cual, ella supuso, era un modo de abordar el asunto.

—Quizá podrías haberlo usado antes —dijo Maryam con calma—, si hubiéramos visto más el uno al otro.

Su rostro se tensó ligeramente, y luego lo vio forzar un respiro profundo. También dirigió una mirada irritada a su izquierda, lo que indicaba que su diosa probablemente se estaba burlando de él. Ella hacía eso a veces, cuando estaban solos. Maryam había estado ansiosa por oírlo durante semanas, pero Tristan se negaba a transmitir mensajes de ninguna forma. Afirmaba que si empezaba, se quedaría atrapado interpretando para siempre, lo cual, con sinceridad, Maryam reconocía que probablemente era cierto.

—El profesor que buscaba estaba oculto en un lugar que solo se puede acceder durante las horas que coinciden con la clase matutina —dijo Tristan—, y no estaba cerca de aquí, así que dormí en Scryptown.

El nombre invitaba a una pregunta, que ella, por supuesto, había tentado a Tristan con esa declaración, pero ella mordió el anzuelo y preguntó de todos modos. Aunque permaneció algo vaga con los detalles, Tristan contó sus aventuras de los últimos días y en qué zona general habían ocurrido. Esos otros Máscaras, pensó ella, parecían un montón de idiotas. Excepto ese chico Silumko, quien, a diferencia de su propia amiga, mostró esa rara buena razón de no escalar por capas extrañas.

¿Los otros también seguían a caballeros amables por callejones oscuros cuando signos escritos se lo indicaban?

Tristan generalmente era más sabio que eso, lo cual le provocaba una sensación desagradable. El ladrón solo se volvía imprudente cuando creía estar acorralado, y sin importar cuán despreocupadamente hablara de cruzar la capa, debía saber que había riesgos. No era propio de él tomarlos, como tampoco lo era gastar la cantidad de monedas que seguramente necesitó para obtener el equipo que usó en su historia.

Las cajas de veneno no solían ser una mercancía común en el mercado, para empezar.

—Entonces, ¿la única entrada y salida de la torre es a través del Desembarco? —preguntó ella.

El Desembarco de Lucifer era la capa más fina del entorno de la isla, según el Capitán Yue, pero eso no significaba que estuviera exento de peligros.

—Creo que pudo haber existido una entrada física alguna vez, pero parece haber desaparecido —dijo Tristan—. De cualquier modo, el atajo me libraré mucho del tiempo de viaje. Solo necesito pasar por un santuario subterráneo al sur del Bosque de Ortigas.

—Felicidades —dijo Maryam—. Parece que tienes a tus dos profesores de Máscaras para el año.

—Salvo que me secuestren, mi estancia en Scholomance está asegurada —confirmó él.

Ella pensó que lo dijo de manera casual, no de una forma demasiado despreocupada. Por impulso, y en una especie de honestidad que era la máxima que Tristan alcanzaba, en esa pequeña oración había un hilo que valía la pena tirar. La razón por la cual había tomado tantos riesgos, y por qué apostaría que no tenía intención de dormir esta noche en la cabaña. Mi estancia en Scholomance está asegurada. Maryam tomó un sorbo de su té y comenzó a ordenar sus pensamientos.

—¿Alguna vez te he contado cómo me convertí en señalizadora?

Se inclinó ligeramente la cabeza.

—Supuse que fue tu madre quien te eligió como su aprendiz —dijo Tristan.

—Eso no está mal —contestó ella—, pero tampoco es correcto.

Mi madre nunca creyó que hubiera una opción que elegir, pero Maryam, incluso en su infancia, había sabido que el Arte no era algo en lo que uno pudiera ser forzado. Una practicante reacia o a medio convencer sería un desastre en ciernes.

—Nací con talento, pero no tuve que convertirme en alguien que practicara el Arte —dijo—. Podría haberse sido instruida solo lo suficiente para no hacerme daño y haber seguido un camino distinto.

Los practicantes tenían un término para quienes tomaban esa decisión: *tup*, que significaba 'apagado' y no en un sentido laudatorio. Sería un golpe a la reputación de su madre que Maryam rechazara el Arte, al punto que probablemente hubiera intentado tener un segundo hijo con su padre.

—Entonces fue tu decisión —dijo Tristan, casi sorprendido por la revelación.

Ella podía entender por qué. En el dominio de Gloam hay un poder, pero también un peligro. Y en esas tierras al otro lado del mar, los Navegantes se habían ganado toda la estima que podía otorgar una profesión —quienes manejaban Gloam sin formar parte de gremios eran considerados unos charlatanes a medias.

—Mi niñez fue... complicada —admitió Maryam—. Mi madre fue la décima esposa de mi padre.

Se atragantó.

—Eso quizás sea excesivamente ambicioso —intentó Tristan—. ¿Cómo podía un hombre tener tiempo suficiente para diez esposas?

—No fue un matrimonio por amor, no es como si estuvieran unidos como una sola criatura —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. Después de que mi madre quedó embarazada, solo se veían unas pocas veces al año.

—¿Un matrimonio por alianzas, entonces? —preguntó él.

—Algo así —contestó Maryam—. Mi madre fue la más joven de las Nueve en la Novena Centuria, pero venía de la nada. Necesitaba apoyo. Mi padre, en cambio, quería el prestigio de tener una esposa tan famosa y una vara temible con la cual intimidar a sus rivales en el comercio. Era un acuerdo conveniente para ambos.

Había oído que en Sacromonte también se usaba el matrimonio para formar alianzas, aunque extrañamente solo uno a la vez. Le parecía extraño. Si el matrimonio se contraía por ventaja, ¿por qué detenerse en uno solo? Era raro que un gobernante solo necesitara cerrar un acuerdo con un aliado por sangre.

—Y las Nueve en la Novena Centuria...

—Es la sociedad que gobierna a quienes practican el Arte entre los Izvorica —dijo Maryam, luego hizo una mueca—, o más bien, gobernaba. Cualquier persona que desee aprender el Arte debe ser iniciada, y de ese grupo se eligen ochenta y una almas para decidir qué prácticas están prohibidas y actuar como tribunal para quienes cometen delitos. Es un gran honor.

Los ojos de Tristan se entornaron mientras analizaba esa información.

—Entonces, en la casa de tu padre, tu madre habría sido demasiado fuerte para ignorarla, pero demasiado débil para resistir a las otras esposas —continuó.

Eso... se acercaba peligrosamente a la realidad, pensó Maryam. Siempre agudo, Tristan. Algunas de las otras madres habían sido hijas de propietarios terratenientes o ricos comerciantes, y aunque temían la fuerza de su madre en el Arte, ella también poseía armas con que defenderse. A veces, el poder de su madre tampoco era una ventaja—las enfermedades y los accidentes a menudo se atribuían a sus 'maleficios', cuando Maryam era pequeña. Asintió.

—No estaba claro qué posición ocupaba yo en comparación con los otros niños —dijo—. Y varios tenían aproximadamente mi edad.

No necesitaba decirle a Tristan qué tipo de barbaridad eso podría provocar.

“En nuestras peleas infantiles no fuimos amables, y yo tampoco,” afirmó Maryam. “Casi alguien perdió un ojo. Al final, mi madre y yo fuimos obligadas a vivir lejos de los demás.”

“No puedo saber si eso es señal de una victoria o una derrota,” comentó Tristan.

Maryam encogió los hombros. Al mirar hacia atrás, pensó que quizás era un poco de ambas cosas.

“De niña, parecía más bien lo último,” confesó. “Como si mi propio padre me hubiera repudiado.”

“Entonces recurrió a su madre, y con ella a la Artesanía,” manifestó Tristan.

Ella asintió.

“Pasados los años, supe que la separación había sido solo por unos pocos ciclos,” le explicó Maryam. “Hasta que se enfriaran los ánimos. La primavera siguiente, debía tomar clases junto a mis hermanos más cercanos en edad, con el fin de fortalecer los lazos.”

Ella suspiró.

“Pero para entonces, ya había escogido la Artesanía,” dijo Maryam. “Mis lecciones eran solo con mi madre, y sería peligroso que una joven practicante durmiera bajo el mismo techo que otros. Nos manteníamos alejadas.”

Ella volvió a encoger los hombros.

“En cuanto a mis hermanos, desde entonces solo conversaba con ellos unas pocas veces al año en las festividades, y nunca llegué a conocerlos más allá de las cortesías,” afirmó. “Eran extraños.”

Maryam tomó un sorbo de su té, que había pasado de estar casi hirviendo a estar apenas tibio. Sus labios estaban secos, y le resultaba placentero humedecerlos.

“No fue algo por lo que lamentara,” admitió. “Pero ahora que ya no están, miro atrás a esas disputas infantiles y parecen... mezquinas. Una nimiedad, comparada con las posibilidades que nos costaron.”

Sus ojos grises la estudiaron con atención.

“Ah,” dijo él.

“¿Ah?”

“Ah,” reiteró.

Ella esperó, pero él no dijo nada más.

“Esperaba más,” confesó Maryam.

Él suspiró.

“Me gusta aprender sobre ti,” indicó Tristan. “Es... nos conocemos, creo, o al menos nos entendemos. Pero esas historias llenan la pintura, y también disfruto eso.”

“¿Pero?” preguntó Maryam.

“¿Cuándo un regalo deja de serlo?” cuestionó él. “Cuando se convierte en una herramienta.”

La mujer de ojos azules hizo una mueca.

“Eso no fue una simple narración de tu infancia, fue una petición para que dejes atrás lo ocurrido con Song.”

Tristan, siempre agudo, incluso cuando no era conveniente.

“No soltarlo,” explicó Maryam. “Solo escucharla. Ella pide una reunión. Y hay una situación que—”

“La quadruple crimen, sí,” interrumpió Tristan con tono suave. “Estudiantes de Jigong que vieron una oportunidad, imagino.”

Maryam vaciló un instante, luego asintió. No tenía sentido negarlo.

“Debo ser una maldición poderosa, para seguir poniendo en peligro a ella incluso cuando está del otro lado de la ciudad,” dijo con dureza el ladrón.

La mandíbula de Izvorica se tensó.

“Ella estuvo a punto de morir, Tristan.”

“Yo también, después de que la seguimos hasta esa maldita fosa de terror,” respondió con fuerza. “Eso no la detuvo de venirme encima con todo, menos con un cuchillo.”

“Lo lamenta,” subrayó Maryam. “Y quiere pedirle perdón.”

“Deja eso,” despectivo el ladrón. “La brigada se desintegró y ahora, por una nimiedad, la Regretancia crece en el jardín de Song. Eso es conveniente.”

“Ella realmente lamenta cómo actuó esa noche, Tristan,” afirmó Maryam. “No digo esto para hacer de pacificadora—lo creo de verdad.”

Quizá no por las razones más nobles, pero Song sí lamentó aquello.

—Lamenta haberse dejado llevar —corrigió Tristan—. Porque fue algo indebido, porque le costó. Pero todos pudimos ver qué hay bajo esa cortesía esa noche, y no voy a pretender lo contrario solo porque ella ofrezca unas disculpas torpes.

Eso no era... completamente falso, pero sí incompleto. Y además, algo mezquino.

—No creo que entiendas cuál es su verdadera situación —dijo Maryam—. Ella—

—No me importa —respondió Tristan sinceramente—. Sus motivos o por qué es como es. Ella no es mi amiga, Maryam. Hablé con enojo esa noche, pero no creo que estuviera equivocado.

Se inclinó hacia adelante.

—Estoy cansado de que ella ande husmeando los secretos de todos, leyendo nuestros contratos y espiando a nuestros dioses, y que incluso reconocer que lo hace sea considerado una transgresión demasiado grave —dijo Tristan, molesto—. Ella manda y exige solo para avanzar personalmente, sin otra consideración. Podría perdonarle eso, si al menos estuviéramos sumando victorias, pero nuestro récord es un desastre.

—Llevamos dos semanas del año —dijo Maryam—. Y no te culpo por ello, pero debes saber que algunos de esos problemas te siguieron hasta el Anticuario.

Esto se escapaba de sus manos, maldita sea. No quería tener que acusarlo, nada que la obligara a «elegir» a Song, pero se veía forzada a girar en círculos.

—Al igual que los problemas la siguieron a ella —contradijo Tristan—. Esa era la naturaleza del acuerdo, protección mutua. Por ese motivo, ella me toleraba a mí y yo a ella. No hay vínculo profundo allí, Maryam. No le debo nada.

Sus dedos se apretaron.

—No te pido que la perdones —dijo Maryam—. Solo que la escuches.

—¿Por qué? —preguntó Tristan con straightforwardness—.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Por qué?

—¿Por qué siempre cubres sus errores? —retó él.

—Lo haría en persona si no estuviera postrada en cama —dijo Maryam—. Yo solo—

—Estás siendo obstinada —interrumpió él—. ¿Por qué te arriesgas por ella, cuando esa misma noche estabas enojada con ella? No como yo quizás, pero tú sí. Lo noté.

Ella había estado enojada, no se equivocaba. Song no dijo palabra alguna cuando Tredegar la calificó de inútil, ni cuando los Pereduri expresaron sus lazos más antiguos y profundos, ligados al conocimiento de una maldición que ella ayudaba a gestionar, como si fuera una ofensa.

Mayormente, ella se molestaba porque Song se esforzaba en proteger a la otra mujer, mientras todos los demás tenían que trabajar para conseguir lo que deseaban. Sin embargo, esas heridas no eran profundas, no como las que Tristan y Song se infligían entre sí.

Y saber que Song intentaba enmendar las cosas y comprender, había recuperado parte de su fe en lo que aún podía ser el Anticuario.

—Ella es mi amiga y está sufriendo —dijo Maryam en voz baja.

Su rostro se conoció en una expresión de cerradura.

—La compasión no es un plan —dijo Tristan, con un tono que le sonaba a otra persona.

—Estás enojada, y tienes razón —dijo Maryam—. ¿No puedes también admitir que ella tenía motivos para estar enojada contigo?

Pasó un momento.

—Yo podría —admitió él—. Pero al mirarme a mí mismo, Maryam, solo encuentro una pregunta: ¿por qué debería preocuparme?

—Porque esa es la única forma en que el Anticuario seguirá existiendo —resolló ella enojada—. Y tú solo...

Sus puños estaban apretados. El silencio se extendía entre ellos.

—¿Tredegar se fue, no es así? —preguntó Tristan finalmente—. La nota muy resentida.

—Justo antes de venir aquí —confesó Maryam.

—Inesperado —admitió él—, pero no puedo decir que me mueva mucho. Ya sabes cómo es esto con las ratas y los barcos que se hunden.

—¿Entonces eso es todo? —preguntó ella con amargura—. Tengo que escoger a uno de ustedes y dejar al otro atrás.

Él levantó una ceja.

—¿De alguna manera me convertiré en un extraño si no estamos en la misma brigada? —retó Tristan—. Quédate con Song, si quieres arriesgar tus posibilidades en Scholomance por lástima en lugar de sentido común —no me alegrará esa decisión, pero tampoco desapareceré.

—Pareces decir que ya has tomado una decisión —aseguró Maryam.

—No creo que sea imposible unirme a otra brigada —respondió Tristan con honestidad—. Traigo algunos problemas, pero también soy una Máscara en posición de graduarme con habilidades útiles. No necesito la Decimotercera.

Mi estadía en Scholomance está asegurada —pensó él—. Poco a poco, la idea fue calando en ella, de que Tristan no se había lanzado sin más a una capa solo porque sintiera que necesitaba una victoria. Lo había hecho, se dio cuenta Maryam, por valor.

Lo hizo para poder tener esa conversación con ella y no retroceder.

Ya es demasiado tarde —se dio cuenta—. No estaba sopesando una decisión en la balanza, sino intentando volver atrás en una decisión que ya había tomado. Tristan se vio acorralado, empujado a la tumba, y se había abierto paso para salir. Ahora, le importaba un bledo qué sucediese con el ataúd en que lo habían sepultado. Tú decidiste que Song es un enemigo —pensó Maryam—. No del tipo que saca cuchillos, sino alguien con quien hay que lidiar, no pelear.

Desde el principio, ella había estado en el error. No tenía sentido tratar de hacerle simpatizar con Song, porque por mucho que él se autodenominara ladrón, sus puntos de vista coincidían mucho con los guerreros con los que Maryam había cabalgado alguna vez. Aquellos que se vestían con armadura por vida, no solo por temporadas o motivos. Quienes aprendían a mirar a los ojos de los guerreros en la muralla, sin ver hombres, porque no se puede ver a los hombres ni cortarlos sin perder el sueño.

Una vez que Tristan Abrascal decidía que alguien era enemigo, la simpatía ya no pesaba en la balanza. La lástima no era un plan, como él mismo decía.

Maryam respiró hondo. No todo estaba perdido. Como con aquellos guerreros, él no consideraba la enemistad como... algo personal, ¿en cierto modo? Era solo la forma del mundo, y no significaba odio. Se podía comerciar con oponentes, incluso trabajar con ellos. Solo necesitaba hacer que todo esto fuera algo meramente transaccional.

—¿Tienes otra brigada en mente? —preguntó con franqueza.

Eso lo hizo detenerse.

—No —contestó—. Solo he comenzado a explorar posibilidades.

—Entonces quédate con nosotros hasta fin de mes —dijo Maryam—. Tredegar hará lo mismo.

Sus ojos se estrecharon al escuchar el 'nosotros', pero ella no fingiría. No abandona a Song. Tristan estará bien sin ella en la misma brigada, pero Song podría desmoronarse.

—Estoy de acuerdo —dijo Tristan.

—Y quiero que la escuches, de todas formas —agregó Maryam.

Él no respondió, solo la observó con una mirada gris y tranquila.

“Ambos conocen algunos de los secretos del otro,” le recordó ella. “Si van a separarse, primero formalicen un acuerdo. Y mientras tanto, ¿qué les cuesta escuchar lo que ella tiene que decir?”

Maryam le observó ponderar los costos y beneficios, cómo perdía tiempo a cambio de partir de la Tríada en mejores términos y, además, lanzarle una ofrenda. Por primera vez, Tristan bebió su té, aunque seguramente ya estaba frío.

“De acuerdo,” dijo. “Mañana, entonces.”

Era lo mejor que podía obtener Maryam, así que aceptó.

--

Las cosas todavía se sentían incompletas con Tristan.

Habían mordido la médula de Song durante mucho tiempo, pero Maryam sentía que había toda una conversación que se habían perdido. Por eso insistió en que él durmiera en la cabaña esta vez, y ella misma haría lo mismo. Solo necesitaba pasar por el hospital para revisar a Song una última vez y decirle que Tristan seguía vivo. Cuesta un poco convencerla, pero su sincera confesión de que podría irse al Pradera a dormir si la cabaña estaba vacía selló el asunto.

También la dejó sintiendo como si jalara de una cuerda cada vez más desgastada, una sensación que no disfrutaba en absoluto. No, todavía quedaba una charla entre ellos.

Song tenía en las manos la historia de los Azofélidos, pero no roncaba cuando Maryam llegó, lo cual tuvo que reconocer que era impresionante. Parte de ella pensaba en bromear con la Tianxi acerca de la lectura, pero al sentarse en la silla junto a la cama se encontró demasiado cansada. Wan, como si no quedara fuerza para la charla.

“Supongo,” dijo Song, “que la conversación no fue muy buena.”

“Él está en la cabaña, vivo y asistirá a clase mañana,” dijo Maryam. “Eso es todo lo que tengo para contarte de good news.”

“¿A menos que hubiera rechazado la reunión?” preguntó Song, con una sorpresa genuina.

“No,” admitió ella. “No es eso. Es...”

Maryam se pasó la lengua por los labios.

“Entonces también quiere abandonar la Tríada,” dijo suavemente la Tianxi.

“Eso es más un síntoma de su enfermedad que otra cosa,” respondió Maryam. “No entendí bien cómo tomó la discusión esa noche. Ahora que lo pienso, quizás no ayudé al irme, mirando hacia atrás.”

Él habría estado solo en una casa con una mujer que consideraba enemiga. No es extrañar que hubiera vuelto a sus viejos hábitos de los barrios bajos de Sacromonte—si no había nadie que cuidara de él, solo podía presionar la espalda contra la pared.

“Aun así, aceptó escucharme,” dijo lentamente Song.

“Estás siendo manipulada,” dijo Maryam con franqueza. “O más bien, la situación. Desde su perspectiva, solo está siguiendo el trámite.”

“Mientras esté sentado frente a mí, puedo intentar convencerlo,” dijo Song. “Si no lo logro, será mi fracaso.”

“No puedes pensar así,” le advirtió ella. “Eso es un callejón sin salida, Song. Él hará lo que sea, porque intercambiaría con Lucifer mismo si la oferta fuera buena. Pero eso es solo un negocio. No es confianza, y la confianza es lo que necesitas si quieres que se quede.”

En ese momento, su mirada se dirigió hacia la Tianxi. Ella había estado luchando en un flanco de esta guerra todo este tiempo, pero apenas había pensado en el otro. Las suposiciones ya la habían mordido una vez esa noche, así que en silencio le planteó a Song la única pregunta que importaba.

“Lo hago,” afirmó ella. “Es... cometí errores. Intenté usarlo para mis propósitos, aunque me resistía a concederle lo mismo. Pero, ¿no vencería con el tiempo y los pactos la confianza?”

Maryam pensó que no sería así. Lo que Song describía no se alejaba mucho de cómo ella había hecho amistad con Tristan en el Dominio, pero en parte sabía que aquella no era una medida justa. La amistad con él había sido como girar la llave en una cerradura. Había habido la satisfacción de que algo sucediera, de que encajara en su sitio, pero las piezas habían encajado desde el principio. Además, Maryam nunca había sido una enemiga, incluso cuando llevaba máscara y se hacía llamar Sarai. Ella no había intentado sacarse de un pozo.

“Eso no moverá la aguja,” dijo Maryam en voz baja, repitiendo sus palabras. “Necesitas...”

Ella frunció el ceño.

“Necesitas sangrar,” admitió por fin. “Pagar un precio por adelantado y, por su bien, algo que no pueda simplemente racionalizar como un trueque. Debes romper expectativas o te quedarás en ese pozo para siempre.”

“Eso me parece excesivo,” dijo Song con cautela.

Y ella no pudo evitar reírse.

“Es solo,” resopló Maryam, “que tú, de todas las personas, digas eso.”

“No entiendo,” dijo el Tianxi.

“Les hiciste exactamente lo mismo a él,” señaló ella. “Creo que esa fue una de las razones por las que esto se volvió tan grave. En algún momento decidiste que lo habías descifrado y desde entonces no le has mirado bien.”

Los labios de Song se enroncharon.

“Le hice daño, no voy a discutir eso,” dijo. “Pero, aunque he pintado su figura con colores más oscuros de los que merecía, tú no estás menos ciego que yo.”

“Es mi amigo y confío en él,” reconoció Maryam. “Pero confío en él porque lo conozco.”

“Lo conociste hace unos meses,” dijo suavemente Song.

“Lo mismo te pasa a ti,” replicó ella, “pero a diferencia de ti, durante ese tiempo lo vi en sus mejores momentos y en sus momentos más difíciles. Hay mucho de él que no conozco, y quizás nunca lo llegue a conocer, pero lo conozco.”

Se recostó en su asiento.

“Y te va a disgustar oír esto, pero él es muy parecido a ti.”

Esto decía algo particular sobre sus preferencias en amigos, pero era igual de cierto. Song guardó silencio por un largo momento.

“Requiero una explicación para eso,” finalmente dijo.

“Tienes una forma de clasificar a las personas en cuanto las conoces,” dijo Maryam. “No como Tredegar, que analiza su origen y los encasilla en la caja correspondiente, sino que tú también los diferencias. Aquellos que pueden ayudarte y los que no.”

“Eso hace todo el mundo,” respondió Song en voz baja.

“No estoy lanzando piedras, Song,” dijo ella. “El problema es que, una vez que colocas a alguien en la casilla de los malos, nunca lo dejas salir. No das segundas oportunidades.”

El Tianxi no respondió. Lo cual, en cierto modo, era la única respuesta necesaria.

“Para él, hay quienes representan una amenaza y quienes no,” dijo Maryam. “Solo en su lado oscuro, no eres despedido—te miden para una daga en la garganta o veneno en el té, porque en el momento en que alguien pueda matarlo, él piensa que debe tratarlo como si pudieran hacerlo.”

“Y nuestro... altercado me convirtió en una amenaza,” dijo lentamente Song.

“Ahora eres su enemigo,” afirmó Maryam. “Eso es lo que ví cuando hablé con él esta noche. Y puedo pedirle que finja que no lo eres, pero eso no cambiará realmente su opinión. Solo hará que finja.”

Suspiro, pasando una mano por su cabello.

—Si pudiera arreglarlo, lo haría —dijo—. Pero no puedo, Song. Eres tú quien debe cavar su propio camino, y la amo, pero será un auténtico imbécil con esto. Quiere tener razón sobre ti, así que tienes que demostrarle que está profundamente equivocado, que solo puede tragarse esa verdad.

La Tianxi bajó la vista hacia sus manos, vacilante.

—No he desconfiado de él sin motivo —dijo Song—. Puedo ver a su diosa y ella—

—No —intervino Maryam con dureza—. No se trata de motivos, de que uno tenga razón y el otro esté equivocado. No me importaría incluso si fuera Lucifer mismo susurrándole consejos al oído. Las relaciones no son una disputa, son...

Luchó por encontrar la palabra.

—Intercambio —dijo—. Buenas monedas y malas, lo que quieres y lo que das. Y aunque debieras una deuda a la propia Cabra Negra, seguiría siendo deuda. Tiene que ser saldada.

Song se rió con incredulidad.

—Zunyan —dijo con nostalgia—.

Maryam frunció el ceño.

—Dignidad —traducjo—. En chino de Cantón.

—No es una palabra sencilla para mi pueblo —dijo Song—. Cuando el Maestro Shijiang escribió el Fangzi Yontu —el Propósito de la Casa— escribió como un albañil intentando entender por qué la famosa casa de Cathay había colapsado sobre nuestras cabezas. Su respuesta fue que la descompensación de zunyan —dignidad— era la causa.

—¿Una descompensación en la dignidad? —Maryam frunció el ceño—. ¿Pensaba que el mundo necesitaba más cortesía?

—¿Por qué la máscara de un príncipe vale más que la de un mendigo? —preguntó Song con cadencia en su voz—. La rueda no deja de girar; a través de la eternidad, las almas serán altas y bajas. Honrar una sola vida es como construir un muro con una sola piedra. La única verdad universal es la igualdad de dignidad de las almas, y negarla equivale a rechazar el Círculo Perpetuo mismo.

La Izvorica aspiró profundamente.

—Lo más probable es que Nobles no haya gustado eso —dijo—.

—Pasó la mayor parte de su vida en el exilio —dijo Song en voz baja—. Pero si las palabras del Feichu Tian representan la mente de lo que significa Tianxi, entonces las del Fangzi Yontu son el corazón.

Ella hizo una mueca de incomodidad.

—No he otorgado a Tristan Abrascal el zunyan que le corresponde.

—Tampoco ha sido un buen compañero contigo —susurró Maryam con suavidad—.

—Eso no debería, ni puede, pesar en la balanza —replicó Song—. Un principio universal no se doblega ante las circunstancias.

La Tianxi tragó saliva.

—Y en ese espíritu, tengo algo que decirte.

El ceño de Maryam se levantó.

—Estoy escuchando.

—Me salvaste —dijo Song—.

—Una idea encantadora —comenzó Maryam—, pero—

—No lo digo en sentido figurado —aseguró la Tianxi—. La entidad que mencioné al capitán Wen intervino justo cuando estaba a punto de ser torturada hasta la muerte. Se parecía a ti, como una hermana, y afirmó estar allí en tu nombre. Se atravesó a través de los tres como si fueran papel.

Maryam tragó saliva.

—¿Eso —susurró lentamente— mató personas?

—Primero los hizo volverse unos contra otros —dijo Song—. Luego les reventó la cabeza como si fuera uva y alimentó la última a un “humo” hecho de Gloam.

Eso... esos no eran Señales, al menos no los dos últimos. Sonaban más a Artes.

—No debería poder usar Gloam —susurró Maryam—. No si es un parásito.

Lo que significaba que el capitán Yue estaba equivocado.

—No tengo idea de qué fue eso —admitió—. Necesito hablar con mi mentor.

El Tianxi asintió con la cabeza.

—La criatura, dijo ella en susurros—, habló cosas, reveló secretos que tú no has querido compartir.

Maryam se lamasó los labios nerviosa.

—Dímelo—.

Un momento de vacilación.

—Se autodenominaba la última princesa de Volcesta—.

La joven de piel pálida soltó una carcajada asustada.

—Eso es—, empezó ella, luego negó con la cabeza—. ¿Cierto, con poca diferencia? Mi padre fue rey de Volcesta, pero ese título no significa lo mismo en esta parte del mar—, y además, mi madre no fue su primera esposa. Casi tenía veinte medio-hermanos que llegaron a la edad adulta.

Maryam pasó una mano por su cabello, pero descubrió que sus dedos se curvaban como garras.

—Soy la última de ellos, hasta donde sé—, confesó en voz baja—, así que esa parte se mantiene. Aunque ya no existe Volcesta, los Malani la renombraron Ifanje, y la Reina Suprema nombró un señor para gobernar la ciudad.

—Pero tú eras princesa—, insistió Song.

La frustración creció abruptamente. Mornaric parecía incapaz de entender que sus tiránicos reyes no eran lo que todos interpretaban por esa palabra—, ninguno de los pueblos navegantes, salvo los Izcalli, parecía comprender que un rey no tenía por qué ser un autócrata todopoderoso. Mi padre fue controlado por los Staresine, cuyo consentimiento necesitaba para declarar guerra o imponer nuevos impuestos, y no tenía derecho a juzgar a los terratenientes ni a los practicantes de la Artesanía. Ni siquiera podía elegir a su propio sucesor, solo proponer candidatos a los Staresine para que eligieran.

—La palabra no tiene traducción—, dijo Maryam. —En Antigua, implica estatus. Un título. En Recnigvor, simplemente significa...—.

Se esforzó en encontrar el significado.

—Sangre de gobernante—, finalizó ella—. Es una calificación, no un cargo. Y ser hija de mi madre de todos modos me descalificaba para heredar, así que no sé si siquiera merecía ese título.

Como la mayoría de los Triglau, los Izvorica habían sido gobernados en el pasado por líneas de Reinas de la Artesanía que usaban sus poderes sobre Gloam y espíritus para gobernar con mano férrea. Las sangrientas y eternas disputas de aquella época llevaron a prohibir que los Artesanos gobernarán a otros y a la fundación de los Nueve Pecados, como unión y tribunal. Ser hija de una amante de la Artesanía tan infame como Izolda Cernik le habría impedido quizás incluso heredar, aunque hubiera demostrado dominio en las Artes.

Seguramente, si su nombre hubiera sido propuesto para gobernar Volcesta, los Staresine habrían acusado a su padre de cometer davanje zaba—a proponer una elección claramente equivocada para que solo quedara una opción. Song la observó detenidamente durante un largo rato, luego asintió lentamente.

—¿Votos de invierno?—.

Maryam frunció el ceño.

—El nombre de mi madre y su bef. Porque lleva la guerra a los Malani—, dijo ella—, es... un asunto bastante complicado.

Y no le apetecía entrar en detalles sobre qué significaba jurar lealtad a Invierno, ni el precio que ello suponía.

—Custodia de los Anzuelos—, continuó Song—. Primer y último de los Nueve Pecados.

Maryam rodó los ojos.

—¿Y ella también se autodenominaba Reina del Tercer Reino?—, preguntó ella, riéndose.—Es una tontería. Los Nueve Pecados eran, en realidad, la Orden Akelarre de mi pueblo.

Sus dientes se apretaron.

—Fui admitida en esa sociedad cuando era niña y seguramente soy la última en respirar con ese título—, dijo ella—, pero los Nueve Pecados están enterrados desde hace mucho. La mayoría fueron masacrados por los Malani, y los demás se suicidaron.

Volvió la vista hacia otro lado y obtuvo lo que esperaba: Song no se atrevió a preguntar por el título de Guardián de Ganchos. A Maryam preferiría no hablar de su primera y más profunda derrota, de cómo había fracasado por completo en cumplir las esperanzas de su madre. Ese título le pertenecía, por la simple ausencia de otro competidor, pero incluso escuchar esas palabras le ardía como ácido.

Siglos de conocimientos y sabiduría se convirtieron en humo porque no era suficiente buena.

“Ella decía que tu madre podía tejer un leshy de Gloam tan grande como un barco,” intentó Song, con un tono más liviano.

“Para el final de la guerra, sí pudo,” reconoció Maryam. “Su poder en el Arte alcanzaba a las antiguas leyendas.”

La chica de ojos azules dudó.

“Pero ya entonces se había vuelto... volátil,” afirmó. “El ritual que la fortalecía tenía costos crueles.”

Las veintinueve almas habían empezado a fusionarse con las suyas, dejando a Maryam medio loca y hablando consigo misma. Los elegidos que sobrevivieron a la incursión de Malani en el santuario habían entregado sus vidas voluntariamente, cediendo su poder y sabiduría, pero ningún mortal estaba destinado a soportar el peso de tantas vidas. Lo único puro que le quedaba era la rabia, y fue esa rabia la que tomó el mando.

El silencio se prolongó entre ellas, Song finalmente sin más conocimientos incómodamente íntimos sobre su pasado, o al menos sin voluntad de seguir hablando de ello.

“Es algo extraño,” dijo Song en voz baja, “conocer tan poco sobre ti y, aun así, sentir que te conozco.”

“El pasado quedó atrás,” respondió Maryam.

Silencio.

“No,” dijo Song. “No es eso. Creo que sé la forma de tus heridas, Maryam, y tú las mías. Es como formar parte de la confianza de alguien, al ver las cicatrices que el mundo les dejó.”

Ella tragó saliva, incómoda ante esas palabras suaves. Incierta de poder negarlas.

“¿Qué piensas hacer?” preguntó Maryam.

Song cerró los ojos.

“Voy a quemar un puente que aún tenga en el horizonte, el de los Cuarenta y Nueve,” dijo. “Les sustraeré todo lo valioso de su cadáver, y después compraré confianza con sangre —la suya, la mía, la de todos.”

Ella exhaló lentamente.

“Y cuando cuentes a la Capitán Yue acerca de la aparición que me salvó,” susurró Song, “dile una cosa más. La bendición de mi contrato es ‘ver la verdad de las cosas’, y en el corazón de esa entidad vi un alma.”

---

Revision #1

Created 8 June 2026 10:25:36 by Michael Brown

Updated 8 June 2026 10:25:39 by Michael Brown